

Un inocente juego literario
acabó convirtiéndose en una intrigante
y peligrosa adicción.

BARRY McCREA

LITERATI



Cierras los ojos, haces una pregunta, eliges un libro cualquiera, lo abres por una página al azar y lees la primera frase que encuentras. Así empezará Niall Lenihan, bajo las instrucciones de Sarah y John, su iniciación en las sortes, una mágica y misteriosa práctica de adivinación que se remonta a tiempos ancestrales y que le conducirá más allá de sus propias experiencias sensoriales.

Para Ludovico

—¿Oíste alguna vez una vieja canción que empieza: *Naranjas y limones, dicen las campanas de St. Clement's?*

O'Brien, muy serio, continuó la canción:

—*Me debes tres peniques, dicen las campanas de St. Martin's. ¿Cuándo me pagarás?, dicen las campanas de Old Bailey. Cuando me haga rico, dicen las campanas de Shore-ditch.*

—¡Sabías el último verso!! —dijo Winston.

—Sí, lo sé, y ahora creo que es hora de que te vayas.

George Orwell

1984

«Naranjas y limones», dicen las campanas de St. Clement's.

«Me debes cinco peniques», dicen las campanas de St. Martin's.

«¿Cuándo me pagarás?», dicen las campanas de Old Bailey.

«Cuando me haga rico», dicen las campanas de Shore-ditch.

«¿Y eso cuándo será?», dicen las campanas de Stepney.
«No lo sé», dice la gran campana de Bow.

Tradicional

LIBRO PRIMERO

PRÓLOGO

Al final, abandoné mi nueva vida, y a las personas que me habían ayudado a construirla, y regresé al mundo de juegos extraños y sistemas secretos del que ellos me habían salvado. En el verano, tras haberme apartado del culto, todos estaban satisfechos con mi progresiva adaptación a la vida cotidiana: me instalé en un piso del centro con mi amigo más antiguo, trabajaba a tiempo parcial entrando datos en un banco y todo estaba arreglado para regresar al Trinity en octubre y repetir el año que había perdido. Pero nunca me acostumbré realmente al trabajo que controlaba mis días desde mi rescate, y en los momentos de ocio dejaba que mi mente regresara a las preguntas peligrosas y los misterios, a los actores entonces desaparecidos y las intrigas que había prometido olvidar definitivamente.

Mi retorno al culto tuvo lugar una tarde cálida, a mediados del verano de 2004, mientras esperaba, sentado en solitario, un mensaje de texto de mi nuevo amante. Estaba aturdido y nervioso; el piso me oprimía con sus cucharas y cojines. Miraba la pantalla sin iluminar del móvil, deseando que el mensaje llegara antes de que fuera demasiado tarde. Pero cuando finalmente el teléfono sonó, vibró y se iluminó, en lugar de cogerlo y leer el mensaje, me dirigí a la habitación de Patrick, como obedeciendo una orden, y me detuve ante su librería. En un solo instante de iluminación, como el *flash* y el estallido de una bombilla al fundirse, supe que esa nueva vida, breve y segura, había terminado. Me contuve unos momentos, en una resistencia falsa, desviando de vez en cuando la mirada hacia los coches que circulaban regularmente por Baggot Street, sucediéndose

ininterrumpidamente unos a otros, como los días, los minutos, los años. Pero yo no era acosado ni perseguido en contra de mi voluntad; no sufría por amor, fatiga o nervios. Me había perdido voluntariamente, hacía mucho que me había marchado.

Encendí la lámpara de lectura de Patrick para iluminar los títulos de la librería.

Cuando tomé el primer volumen prohibido, el tráfico, el rumor de la nevera, la pareja de mendigos peleándose en el exterior, el tictac del reloj despertador de Patrick —incluso, tal vez, el timbre de mi teléfono— se habían entretrejado en un fino entramado de sonido, el cántico en latín inevitable y peligroso que me había seducido la primera vez y que ahora iba a guiarme de nuevo:

*ecce enim veritatem dilexisti
incerta et occulta sapientiae tuae manifestast
mihi Asperges me hyssopo et mundabor
Lavabis me, et super nivem dealbabor.
Mas tú amas la verdad en lo íntimo del ser, y
en lo secreto me enseñas la sabiduría. Rocíame
con hisopo, y seré limpio,
lávame, y quedaré más blanco que la nieve.*

UNO

Pero al comienzo todo fueron palabras. Durante muchos años tuve la costumbre de mentir, y de decir que las palabras habían sido «siempre» mi «terreno», cuando lo cierto es que mi lengua no es otra que la lengua ruda de mi tierra natal, los suburbios burgueses de la parte sur de Dublín, el área levantina que desde los edificios de ladrillo rojo, acallados por los árboles, de Ranelagh, Rathmines y Donnybrook, en el límite del centro de la ciudad, un lugar solemne con canales, cornisas y ciudadanos apacibles, se extiende hacia el este y el sur a lo largo de una resplandeciente costa mediterránea. Los trenes verdes anfibios recorren su filo espumeante, se deslizan entre el corazón de la metrópoli hiberniana y las tierras lejanas del sur, atravesando las poblaciones que se extienden literalmente de Glenageary, Blackrock y Killiney, por Dalkey, Seapoint y Bray. La autopista de Stillorgan cruza este territorio por su parte central, espina dorsal que atraviesa lateralmente los parajes salvajes y oscuros de Foxrock y Leopardstown, y se prolonga por incontables valles y llanos solitarios en dirección a las primeras estribaciones de la parte oeste, las colinas, el fin de la tierra, el área literalmente fantástica bajo la sombra solemne de Three-Rock. Éstos son los confines de mi tierra natal, y mi lengua consiste simplemente en sus suaves vocales napolitanas, su cadencia marítima de clase media y un cierto rechazo de los tiempos verbales.

Una mediana capacidad de empollar y una habilidad engañosa, casi corrupta, para pasar los exámenes me permitieron completar sin dificultad los estudios secundarios en el instituto jesuita Gonzaga Collage, y ganar algunas

competiciones locales. En mi último año en el instituto (es decir, nueve meses antes de la tarde en el piso de Patrick), resultó que estos dones mediocres, combinados con una modesta facilidad para los idiomas extranjeros, me brindaron una oportunidad más excitante. Ésta se materializó en una nueva beca, la Beckett Foundation Fellowship, de las que sólo se concedían dos en Irlanda, para estudiar literatura francesa e inglesa en el Trinity Collage. La beca me daba derecho a tomar parte de los «Commons» —la cena en el gran Dinning Hall, cada tarde a las seis— y, lo que era más importante, a una residencia (en verdad una sola habitación) en el Trinity, hecho que me permitiría mudarme y abandonar, después de diecinueve años, la fría casa victoriana de mis padres y de mi infancia, sobre el oleaje triste del mar, en Dún Laoghaire.

Salí de casa a principios de octubre y caminé hacia la estación del DART^[1] entre las hojas secas, la lluvia nocturna y, muy probablemente, la gran luna naranja del tiempo de la cosecha. La despedida final de mis padres había tenido lugar bajo la luz azul y preocupada de la televisión, en la que rechacé su oferta de llevarme en coche. Hablaron con inquietud sobre el dinero y la comida y me dijeron que estaban orgullosos de mí. Les dije que les quería y me marché.

Podría haber prestado más atención a la imagen de mi partida hacia una nueva vida en la ciudad como un rito iniciático, la extremaunción de mi infancia, pero en mi mente sólo había lugar para Ian O'Neill. Hacía más de un mes que Ian había vuelto de un viaje en *interrail* por Europa, y a pesar de mis llamadas prácticamente diarias a su móvil y de los mensajes dejados en el teléfono fijo de su familia, sólo le había visto y había hablado con él en una ocasión en todo ese tiempo. Unos días antes de que comenzara sus estudios de comercio en el University Collage de Dublín (UCD),

me presenté sin previo aviso en la puerta de la casa de los O'Neill, una vivienda adosada en Dartry, guiado no tanto por el afecto o el amor como por un violento deseo carnal de sentir la presión de su carne en nuestro apretón de manos inicial. Su novia —Laoise, creo que se llamaba— estaba en la sala de estar. Él no me invitó a entrar, me retuvo en el porche durante los pocos minutos que duró nuestra conversación, pero pude sentirla moviéndose en el interior, como una misteriosa prisionera real en una torre. El trato de lan fue amistoso, cómo tú por aquí, qué tal te va, pero sus ojos inexpresivos dejaban entrever su reciente conocimiento de la verdadera naturaleza de mis sentimientos hacia él, un reconocimiento completo, al fin, del fervor caníbal que había caracterizado mi interés por su persona. Noté inmediatamente en su voz que había descubierto el velo de la hipocresía con que había envuelto nuestra amistad durante los dos últimos años de instituto, dos años locos e interminables en los que rondé cada noche como *lady Macbeth* por los cuartos oscuros de nuestra casa, deseando que llamara, atormentado por el pensamiento de que tal vez habría salido a ligar con chicas o —peor aún— a compartir sus confidencias con otros chicos.

Nuestra asociación era bastante rara: un empollón reservado y ligeramente impopular y un jugador de *rugby* de pelo rubio, afable y seguro de sí mismo. Según el curso habitual de la vida en el instituto, nuestros caminos nunca se hubieran cruzado, así que nuestra amistad fue cuidadosamente tramada por mí, a partir de una serie de encuentros aparentemente inocentes y fortuitos en paradas de autobús, en celebraciones religiosas y en las colas de los quioscos de Ranelagh. Gracias a estas estratagemas y maquinaciones me convertí en el mejor amigo del objeto de mi obsesivo deseo sexual, y si bien es cierto que le confundían mis celos extremos hacia la vida social que mantenía aparte de mí con su viejo grupo de amigos, terminó aceptándola

como una rareza de mi carácter, una muestra de verdadera amistad.

Sin embargo, todo cambió en el verano tras el examen final del bachillerato, los meses entre el instituto y la universidad, que yo dediqué a pasear por el frente marítimo de Sandycove con mis padres y mi hermana, y él a viajar en *interrail* por Europa con un grupo alocado de compañeros del instituto Gonzaga. Durante esta aventura continental, la lejanía de Dublín y la convivencia con amigos que no le reprochaban amargamente su insensibilidad o su despreocupación debieron llevarle a un replanteamiento de nuestra extraña amistad. Una tarde, mientras bebía cerveza de un vaso de plástico en la plaza Wenceslas, o charlaba tal vez con un grupo de viajeras con mochila australianas en el puerto de Brujas, debió de asaltarle una repentina visión retrospectiva de mí esperando en casa, en aquellas noches de fin de semana en Dublín en las que él había salido con sus otros amigos. Quizá mientras descendía borracho por la pendiente adoquinada de la Piazza del Campo en Siena, o corría a validar el billete en el Hauptbahnhof en Munich, la súbita comprensión de cómo habían sido las cosas realmente le había obligado a detenerse de golpe, haciéndole resbalar, perder el equilibrio y caer sobre un carro de maletas, a la vez que se formaba en su mente la imagen de mi espera en un viernes por la noche, rondando miserablemente de una a otra habitación oscura en nuestra casa grande y vieja junto al mar, esperando alguna señal de lan, como una Bernadette sin esperanzas en un Lourdes lluvioso aguardando inútilmente una aparición divina que irrumpiera con el sonido del teléfono.

Ahora en cambio, mientras caminaba sobre los adoquines y las hojas secas del Trinity y me dirigía a recoger mis llaves en la recepción, estos recuerdos recientes se desvanecieron. Firmé en el lugar correspondiente y el portero me indicó cómo llegar hasta mi nueva dirección, el edificio 16, situado en la esquina de acceso a un complejo de granito

del siglo XIX conocido como Botany Bay. Mi habitación, en el tercer piso, era amplia y luminosa, estaba amueblada con un escritorio, una cama individual y una librería y tenía un lavabo en un rincón y dos viejas ventanas que daban a las pistas de tenis y a un edificio gótico, el Graduate Memorial Building. Miré la librería, las paredes vacías y el techo alto y blanco y pensé «yo daré vida a esta habitación».

Estaba enfrascado en la labor de deshacer mi equipaje, y en los pensamientos agradables que la acompañaban, cuando un timbre en el interior de mi habitación emitió dos fuertes y largas llamadas. Era el timbre de mi puerta, un mecanismo estridente y anticuado situado sobre ella. Era imposible que nadie viniera a verme, puesto que yo mismo desconocía cuál era mi habitación antes de recoger la llave. Tampoco había escrito mi nombre en el interfono situado junto a la puerta exterior. El timbre sonó dos veces más y quedé inmóvil en medio de la habitación, en una postura de autómata, con una pila de calzoncillos en los brazos. Los dejé caer al suelo, me acerqué a la ventana, la abrí y asomé la cabeza a la oscuridad. Detrás de mí el timbre emitió dos nuevas llamadas vehementes. De pie en los escalones de acceso al edificio 16, un hombre joven miraba hacia mi ventana mientras retiraba el dedo del interfono. Primero le tomé por Ian y después por Patrick, antes de darme cuenta de que no era ninguno de los dos, ni nadie, en verdad, a quien yo conociera. Era algo mayor que yo, tenía el cabello rubio rizado y llevaba una chaqueta de cuero marrón.

—¿Quién es? —grité hacia la puerta. El desconocido saltó de las escaleras y se acercó hasta detenerse justo debajo de mi ventana, mirando hacia arriba con las manos en los bolsillos.

—Hola —grité de nuevo.

—¿Niall? ¿Niall Lenihan? —gritó hacia mí alegremente.

—Sí, sí, soy yo mismo, hola —dije.

El extraño rió, se retiró algunos pasos, y formando un altavoz con las manos junto a la boca cantó en dirección a mi

ventana:

—*Naranjas y limones, dicen las campanas de Saint Clements.*

—¿Cómo?

Echó una sonora carcajada y cantó de nuevo:

—*Naranjas y limones, dicen las campanas de Saint Clements.* Le miré, atónito, intentado imaginar qué podía significar aquello.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres de mí?

—Pablo Virgomare —dijo, con un perfecto acento irlandés—, encantado de conocerte.

—Extraño nombre —respondí, en tono acusatorio.

—Más extraño que el tuyo, en cualquier caso, Niall Lenihan —replicó—. Tan pocas letras, repetidas y reordenadas.

—¿Qué quieres? ¿Cómo sabes quién soy? —dije. Él rió de nuevo.

—Repetidas y reordenadas —dijo otra vez.

La campana del Dining Hall dio la media hora. El desconocido exclamó hacia mi ventana:

—Es la llamada de San Clemente. Ten cuidado. Escucha bien, si me necesitas, ya sabes dónde encontrarme. Mándame una canción.

Me lanzó un beso y se marchó, siguiendo la valla de las pistas de tenis, hacia Front Square. Asomado en la ventana miré el viento y las hojas de Botany Bay, buscando vanamente una pista, con el verso de la canción resonando en mi cabeza. Finalmente volví al interior, me senté en la cama y me esforcé en pensar si le conocía de algo, tal vez de la escuela, o quizá era un amigo de alguno de mis primos, y a qué tipo de broma conocida podía referirse aquella canción. Tal vez no era más que un desequilibrado gastando una broma. Pero conocía mi nombre y había averiguado cuál era mi habitación.

Me sobresalté, y mi corazón latió de nuevo con fuerza, cuando el timbre sonó otra vez. Quedé paralizado, aterrado.

do, hasta que la llamada cesó, y aguardé inmóvil y tenso que volviera a comenzar. Lo hizo tras una pausa larga: dos cortas llamadas. Me armé de valor y me acerqué con precaución a la ventana. No me atreví a mirar hacia abajo, de modo que me limité a gritar ciegamente y con decisión hacia las estrellas:

—¿Sí? ¿Hola?

Respondió la voz de una chica, con el acento cantarín del norte de Irlanda:

—¿Niall? ¿Niall Lenihan?

Miré hacia la puerta. Tenía el cabello castaño y largo hasta los hombros y esperaba con los brazos cruzados.

—¿Quién eres? —pregunté.

Se acercó, como el anterior visitante, y se detuvo debajo de mi ventana.

—Me llamo Fionnuala Shiel, soy la otra, bueno, ya sabes, la otra becaria de la Beckett Foundation. El vigilante del Front Arch me dio el número de tu habitación. Sólo vine a saludarte.

—Ah —dije, desconfiado.

—¿Es un mal momento?

—¿Cómo? Oh, no, de hecho no. Quiero decir, bueno, no. Mucho gusto.

—¿Quieres tomar algo, una taza de té? —preguntó.

Dudé un momento. Todavía me parecía que aquello podía ser una trampa, parte del juego arcano del anterior visitante. Luego pensé que cualquier cosa era preferible a quedarme solo en mi habitación esperando el regreso de Pablo Virgomare, de modo que le lancé la llave y la invité a subir.

Mientras sus pasos se acercaban lentamente por la escalera, saqué el edredón de la mochila y lo extendí sobre la cama, con la idea de que un colchón desnudo era algo inapropiado para recibir una visita.

—De modo que tú eres el misterioso Niall —dijo cuando le abrí la puerta—; felicidades por la beca.

—Lo mismo digo —sonreí—, ¿por qué misterioso?